



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: por D. A. Pirala.—El Canto del Cisne (poesia), por D. Antonio Arnao.—Historia: Juana Grey (continuacion).—Lola, por Amadeo.—Teatros.—Esplicacion del Figurin.—Variedades.

INSTRUCCION.

La Amistad.

La perfecta amistad nos impone el deber de ser virtuosos, y como no se puede conservar sino entre personas estimables, de aquí el deber de imitarlas para mantenerla.

Hállase en la amistad la seguridad del buen consejo; la emulacion del digno ejemplo; el bálsamo que mitiga los dolores y el socorro en las necesidades, sin que haya que pedir, que esperar, ni que comprar.

Lo primero que se debe buscar en el amigo es la virtud; y sin embargo, es frecuente en el dia ver unirse las gentes por la necesidad, sin que se tengan en cuenta para nada los vínculos que deben formar el corazon y el talento. Así acaban apenas se han formado; así las uniones sin exámen, se rompen sin deliberacion.

Es una máxima que la persona que quiera ser estimada, debe vivir con personas estimables; por esto hay mas exigencias para la amistad que para el amor: este es una pasion turbulenta: la amistad un sentimiento dulce y ar-

reglado: el amor embriaga al alma con un gozo seguido comunmente de violentas pesadumbres: el de la amistad es siempre igual; nada le detiene ni le cansa, y hay menos desinterés en el amor que en la amistad.

Suelen ser los mejores amigos aquellas personas que juzgando de las cosas imparcialmente, se apartan de esas pasiones violentas, están desprendidas de afecciones frívolas y observan costumbres puras. Como hay necesidad de estimar al amigo, debe uno esmerarse por su estimacion. Así cada uno justifica su amistad.

Al tratarse de sus deberes, la ilusion sostiene el principio de la amistad, y todo es agradable entonces; pero desaparece la ilusion, que es una flor que se agosta, y queda la razon, que es el fruto; esto en las verdaderas amistades, que en las falsas, con la flor muere la planta. Como la amistad no tiene la venda que el amor, y está basada en un mérito real y positivo, se conocen los defectos; pero se les debe respetar, sin que por esto se desista de corregirlos con la prudencia de sábios consejos y la pureza de las buenas intenciones: debe decirse la verdad, aunque desagrade, suavizando los términos: advertir en particular, defender en público y no consentir una reputacion incierta.

Dios y el honor son los únicos límites que se deben dar á la amistad; pero hay varias cosas que un honor delicado prohíbe para sí mismo, y sería permitido y honrado hacerlo por los amigos. En todo lo demás no hay límites: todo debe ser sacrificado á la amistad sin dárlo por mérito. Diógenes decía:

— Cuando yo pido prestado á mi amigo, es mi dinero el que le pido.

Ante los amigos no se debe mostrar superioridad, ni se puede confiar á otro el secreto de nuestro amigo.

Como hay poco perfecto en la humanidad, la persona mas virtuosa disimula y perdona mas: solo la amistad ordinaria no perdona agravios; no ahorra al amigo la vergüenza y necesidad del perdón; no evita la irritación, siempre mala consejera; ni omite esos términos duros que hacen llagas en el corazón, que jamás se cierran.

Se preguntan algunos si puede subsistir la amistad entre personas de diferente sexo, y es incontestable que es la que tiene mayor encanto: es rara y difícil porque necesita de mas virtud, y porque no la pueden comprender quienes no vean en unos y otras mas que el sexo. Para las mujeres fieles á las virtudes, la amistad es la recompensa del amor virtuoso. ¡ Desgraciadas las que no conocen otros encantos que los de ese amor turbulento que deja obrar al corazón y acalla la mente! Las que oponen sus obligaciones al amor, y ofrecen los encantos y los gustos de la amistad, y se las encuentra con el mismo mérito que á los hombres, nos obligan á unirnos con ellas, y ninguna union mas deliciosa.

Las mujeres, dice una escritora, tienen la desgracia de no poder contar entre sí con la amistad; porque sus defectos forman un obstáculo insuperable: se unen por necesidad, jamás por gusto.

La amistad va mas allá de la tumba: la pompa fúnebre mas magnífica son las lágrimas de los amigos; su corazón la mas honorífica sepultura. Pero no se cumple con derramar lágrimas por sensibilidad: se debe uno á su

nombre, á su gloria y á su familia: deben vivir en el corazón por los afectos, en la memoria por el recuerdo, en la boca por los elogios, en la conducta por la imitación de sus virtudes.

Solo así comprendemos la amistad, ese amante y purísimo sentimiento del corazón; esa necesidad de la mente. Con los gérmenes de una buena educación y la práctica de los preceptos religiosos, se ayuda y fortifica la amistad, ese encanto de la vida, que no puede tener un altar donde reine la incredulidad, la hipocresía, el egoísmo, el interés, donde se ame la frivolidad y el vicio, y no se rinda el debido culto al mérito y á la virtud.

A. Pirala.

LITERATURA.

EL CANTO DEL CISNE.

Si las cuerdas del arpa lastimera
baña la lluvia fría,
no mas producen, aunque el vate quiera,
suspiros ni armonía.

¿Cómo tú dulce amiga, pretendiste
sentir mi rudo canto
si están las cuerdas de mi lira triste
empapadas en llanto?

Mas ah! no sabes hasta dónde alcanza
el rigor de mi pena:
ves brillar en mis ojos la esperanza,
ves mi frente serena;

Jamás oyes salir del lábio mio
querellas de amargura,
y juzgas que mi llanto es llanto impío,
agravio á mi ventura.

Mi pobre corazón, oh tierna amiga,
herido está de muerte,
mas la fortuna ingrata y enemiga
mas grande lo hace y fuerte.

Abrigo una esperanza tan hermosa
que es mi mayor tesoro;
y en medio del dolor que en mí rebosa,
sin lamentarme, lloro.

Bien sabes tú que el corazón doliente
logra la mejor palma.
¿Qué conoce del mundo quien no siente
la tristeza en el alma?

—
Por eso ya no puedo en mis pesares
robar al arpa mía
cual en tiempo de júbilo, cantares
de insensata alegría.

—
Hora si el arpa entre mis manos gime,
exhala flébil canto;
voz que rebosa de dolor sublime
y arranca triste llanto.

—
Voz que arrebató al alma en ráudo giro
de la región del mundo.
¡Es el último canto, es el suspiro
del cisne moribundo!

—
Si así quieres oír doliente y pura
mi cántiga sencilla,
óyela, pues, y llanto de ternura
bañará tu mejilla.

—
Mas si buscas tal vez en mis canciones
placer, júbilo vano,
pídelos á felices corazones.....
¡El dolor es mi hermano!

ANTONIO ARNAO.

HISTORIA.

JUANA GREY.—(Continuacion.)

Todos los individuos de su familia y algunos altos dignatarios del Estado la esperaban silenciosamente en pié, y se dirijieron hácia ella con un aire tal de orgullo satisfecho, y de respeto á la vez, que Juana quedó aun mas asombrada.

Adelantóse Nortumberland con el uniforme de primer ministro.

A su derecha iba Dudley; á su izquierda los hermanos de éste.

—Señora, dijo á Juana, venimos en nombre del Consejo á comunicaros las importantes nuevas que van á cambiar la faz de la nación.

No ignorais la enfermedad de nuestro augusto amo el rey Eduardo: ésta fué agravándose tanto en estos últimos dias, que ayer por fin.....

Juana se puso pálida. Nortumberland cono-

ciendo que la princesa estaba ya prevenida repuso:

—Ayer por fin sucumbió!

Un estremecimiento convulsivo agitó los miembros de la princesa, y lágrimas silenciosas se deslizaron por sus mejillas.

—Señora, repuso Nortumberland, como si nada viese. El Rey nos ha recomendado muy especialmente la conservacion de la religion reformada, y á fin de prevenir lo que en su contra pudiese hacer su hermana la princesa María; atendiendo á que por el Parlamento se halla, como su hermana Isabel, incapacitada para sucederle, os ha nombrado á vos por su legítima heredera á la corona.

—¡Larga vida á la reina Juana! gritaron á una voz todos los caballeros testigos de aquella escena, desenvainando sus espadas y doblando delante de ella una rodilla.

Juana entretanto pálida, trémula, asombrada, no sabia si aquello que veía era no mas efecto de un sueño. Una contraccion nerviosa sellaba sus labios; queria hablar, y su voz se anudaba en su garganta; trató de responder, y no consiguió mas que prorumpir en sollozos.

Dudley se acercó á ella, y tomando su mano la estrechó con pasión.

Aquella presión pareció reanimarla.

—Señores, dijo con voz trémula, rechazo esa corona que no me pertenece: teñida con la sangre de dos reinas, ¿quién sabe si no se convertiría en una corona de espinas que desgarrase mi frente? Nuestra legítima soberana es la princesa María; yo la reconozco como tal.

—No sois vos señora, repuso Nortumberland con arrogancia, fijando en ella una mirada casi amenazadora, quien ha de discutir sobre esta cuestion. La corona pertenecía al Rey; él os la ha legado; la nación os aclama. ¿Podeis dudar ahora?

—Es verdad, es verdad! prorumpieron todos formando una sola voz. Vos no podeis oponeros ni á la voluntad del Rey ni á la voluntad de la nación.

—Milores, dijo entonces Juana con dignidad, no soy mas que una pobre niña sin esperiencia, y sin conocimiento de la política; buscaré á mi conciencia por consejera, segun lo que ella me dicte así obraré, y si llego á sentarme en el trono rogaré á Dios que me conceda el medio de hacer la dicha de mi país.

Los lores insistian cada vez con mayor energía; Nortumberland con mayor dureza. Todos hablaban y la rodeaban á la vez.

Juana, aturdida, abrumada bajo el peso de tan violentas emociones, se sentía desfallecer, y de-

jándose caer en un sillón atacada de una convulsión nerviosa, se cubrió el rostro con ambas manos. Dudley de rodillas junto á ella trataba de calmarla, pero en vano.

—Padre mio, dijo á Nortumberland, dejadla, dejadla, no veis que la matais!

Nortumberland se volvió entonces á los circunstantes, y deseoso de que no presenciasen aquella escena, les hizo una seña de que salieran, y los acompañó á otra habitación.

Allí los dejó, volviendo en seguida al salón en que habían quedado sus hijos.

VII.

Encontró al lado de Juana á su madre, la duquesa de Suffolk, lady Sidney, sus cuñados, y Guilfort.

Reconveníanla unos, instábanla otros, aconsejábanla todos que aceptase la corona que la ofrecían, cada cual aducía sus razones. Su madre y lady Sidney procuraban despertar su vanidad de mujer y el orgullo de su raza. Sus hermanos políticos invocaban los nombres de la patria y de la gloria. Dudley el de su amor! Pero Juana contestaba á los primeros con una sonrisa de lástima; á los segundos con un gesto de incredulidad; al tercero con una mirada apasionada, y... nada más!

Nortumberland se presentó con aire grave é imponente.

—Os habeis decidido ya? Preguntó á Juana con altanería.

Esta no respondió.

—Mirad Juana, repuso Nortumberland con impaciencia, que os comprometéis y nos comprometéis inútilmente! El Parlamento puede obligaros á admitir por fuerza, *por fuerza*, ¿lo oís? el honor que hoy rehusáis. No nos pongais en ese caso. No esciteis mi enojo, añadió con voz sorda, porque, tenedlo presente, Juana, podría costaros muy caro!!

Juana bajó la cabeza y se puso aun más pálida.

—Hija mia, repuso la duquesa de Suffolk, no es solo en tí en quien tienes que pensar, sino en tu familia, que se engrandece contigo.

Juana se sonrió tristemente.

—«Amada mia, dijo Guilfort entonces con voz acariciadora, pasando su brazo por la cintura de Juana y haciéndola apoyar su lánguida cabeza sobre su hombro, vamos á ver si soy más elocuente para vencer tu resistencia.

» A tí no te halagan ni los honores ni la ambición; tú solo cres dichosa viviendo entre nosotros

tranquilamente en Sion-House; pero como buena inglesa amas á tu patria, y conoces que en caso necesario debes sacrificararte por ella; y antes que á tu patria á tu religion. ¿Qué va á ser de ella, Juana mia, si María Tudor se sienta en el trono? Qué será de tus correligionarios? Qué de nosotros? No te harías tú un cargo severo en caso de ver las persecuciones sangrientas, las venganzas insaciables que habrias ocasionado tú, y nadie más que tú, con esa negativa? No te mataría el remordimiento de todos esos males, de todos esos crímenes, de que tendrías que responder un día delante de Dios?»

Los ojos de Juana se llenaron de lágrimas.

—Óyeme, repuso la duquesa de Suffolk, ¿y qué harías, pobre hija mia, si nos vieses subir á un cadalso, á tu padre, á Nortumberland, á mí, y quizá á tu marido? Estamos comprometidos ya por causa tuya. Si triunfa la de María no habrá para nosotros perdón.

—Callad! callad! callad por Dios madre mia! dijo la princesa sollozando.

—Juana mia, insistió lady Sidney, hay también en el trono goces para tu corazón generoso y bueno, como en ninguna otra posición los hallarás. Cuántos beneficios no puede sembrar tu mano entre los desgraciados! Cuántas lágrimas no te será dado enjugar! A cuántas bendiciones no renuncias! De qué felicidad no te privas!

—Juana, Juana mia, mi único amor, mi única esperanza, resistirás ahora á mis deseos, de verte adorada y bendecida por un pueblo entero, que ahora te aclama, y más tarde te llamará su ángel protector? Juana mia, añadió Guilfort animándose cada vez más, yo te lo pido de rodillas, te lo pido por cuanto hay de más sagrado para tí en la tierra; tu religion! Por la vida de tu familia, que es para tí lo más querido, por nuestro amor, en fin! Juana, esposa mia, aceptas, no es verdad?

Las palabras de Guilfort penetraban hasta el fondo de su alma. La princesa le escuchaba enagada, ébria de amor. Es tan elocuente la voz de un sér á quien se adora!

Guilfort clavó en ella un mirada ardiente, interrogadora, y suplicante á la vez.

Juana fascinada, trémula, y respondiendo á ella;

—Si!! dijo en voz casi imperceptible; y como si aquel esfuerzo hubiese quebrantado las pocas fuerzas que la quedaban, dejó caer lánguidamente su cabeza sobre el respaldo de su sillón y perdió el sentido. (*Se continuará.*)

DOLORS CABRERA Y HEREDIA.

LOLA.

Salía yo del café Suizo una de las noches del pasado invierno envuelto en mi capa y con el cigarro en la boca, procurando preservarme de las pulmonías que á la salida de aquellos concurridos salones suelen repartir los emisarios del Guadarrama.

Serian poco mas de las diez, y me dirigia á la redaccion de la *Época*, en la calle de las Torres, donde debia esperarme un amigo, con quien acostumbraba á concurrir á la tertulia de una dama joven y bella, distinguida por su amabilidad y talento en los círculos de la buena sociedad, y en cuya casa nos reuníamos algunos literatos y hombres políticos de su confianza.

La noche estaba fria y lluviosa. Contadas personas transitaban por aquella parte tan hermosa, aunque tan solitaria entonces de la calle de Alcalá. Por lo mismo llamó mas mi atencion una sombra, como de mujer, que sentada en las gradas de las Calatravas, alargaba la mano en ademan de pedir socorro.

Suponiéndola una de las muchas personas vergonzantes que suelen á tales horas implorar la caridad pública, parecióme poco la pieza de cobre acostumbrada que la vanidad mas bien que la compasion nos hace ofrecer al pobre, y puse en su mano una moneda pequeña de plata. Levantóse á su contacto como movida por un resorte, diciendo con sentido acento al dejarla caer sobre la acera.

—Caballero, no pido limosna.

Con el movimiento que hizo para ponerse en pié, se corrió un poco el velo que la cubria, y pude distinguir á la luz del farol inmediato unas facciones que escitaban mis recuerdos.

—Lola! exclamé sorprendido.

—Ah! sois vos, Amadeo. Tan demudada estoy que me admira que mis amigos me reconozcan.

—Pero sola aquí.... y á estas horas? Esplicadme....

—Ah! excusadme por piedad, añadió sollozando, hacedme el obsequio de acompañarme á mi casa: otro dia os contaré mis desgracias.

Díla el brazo efectivamente, y sin cambiar ni una sola palabra, la dejé á la puerta de una de las casas recientemente construidas en la calle de la Libertad.

Aquella mujer á quien acababa de encontrar de un modo tan extraño, y casi bajo los harapos de la miseria, era dos años antes una linda jóven, ti-

po de elegancia, y cuyos atractivos, segun sus apasionados, serian capaces de tentar á un anacoreta.

En la época á que me refiero me encontraba yo una noche en el *Teatro Real* en compañía de don Pedro de Utrera, rico propietario de Sevilla, sugeto muy apreciable, pero que tenia el raro capricho de no reconocer en sus paisanas la gracia natural que generalmente les concedemos, y se moria por las madrileñas, cuyo aire y finura le cautivaban. Cantábase *El Trovador*, y al terminar el primer acto sentí tocarme familiarmente en el hombro desde la butaca inmediata. Era Enrique de Almonte, uno de mis amigos, jóven de talento y de grandes esperanzas.

—Conoces á ese? me preguntó señalando á Utrera.

—Perfectamente, le contesté, como que venimos juntos: es un caballero andaluz.

—Rico?

—Inmensamente, y heredero de un título.

—Es soltero?

—Como tú y yo.

—¿Quieres hacerme un favor que te agradezco en el alma?

—Esplicate.

—Tu amigo es escelente figura, hace media hora que le estoy observando; no quita los lentes de una señorita que está en aquel palco segundo, y que distinguirás por un prendido de flores azules.

—Efectivamente, la encuentra encantadora: ahora mismo me lo decia.

—Me lo estaba temiendo: el mismo efecto produce en todos: á todos los cautiva. Es el caso que vengo acompañándola, porque estamos para casarnos.

—Qué te casas?

—Dentro de tres dias. Estoy perdidamente enamorado, y este enlace hará mi dicha ó mi desgracia. El matrimonio no es otra cosa que un juego de azar.

—Pero cuando vas á casarte, seguro estarás de que te ama.

—¿Y quién es capaz de conocer el corazón de una mujer? Ella es pobre y quizá hace conmigo un casamiento de conveniencia. Tu amigo es rico, buen mozo, y acaso una palabra, una mirada pueden hacerme el hombre mas infeliz de la tierra.

—Pero en suma, qué quieres que haga.

—Distraerlo, llevártelo.... qué sé yo.

—Imposible, le contesté; en este entreacto solo juega el telégrafo: en el segundo subirá á explorar el campo: os seguirá despues, y mañana emprende-

rá el sitio. Es tenaz en sus empresas amorosas: lo conozco muy bien.

—De todos modos, gracias; me has hecho un obsequio. Adios.

Y Enrique se despidió.

Utrera no cesó de hablarme de lo graciosa que le parecía aquella niña: oyó con disgusto los gorjeos de la Gazzaniga, maldijo á los cantantes, y cuando bajado el telon flechó de nuevo los gemelos, yo no sé como se habia compuesto Enrique, pero lo cierto es que habia desaparecido con su adorado tormento.

El andaluz recorrió inútilmente el café, los corredores, y el coliseo entero, y se daba á todos los diablos por haberse dejado escapar aquella conquista. Juraba revolver el mundo por encontrarla, y tomar por divisa la dalhia azul que ella ostentaba en su tocado.

Enrique, á quien por sus celos los dedos se le figuraban huéspedes, no tenia porqué temer en una competencia amorosa. Era de buena figura, de trato agradable y de una instruccion poco comun. Aunque no rico, tenia un buen destino en Hacienda, y ademas esperaba la herencia de un tio millonario. Asistí á su boda, y entonces conocí á Lola, á quien encontré bella, de talento, y de un tacto esquisito en el trato social.

Poco despues acompañé á D. Pedro á Sevilla, y dejándole casi reconciliado con sus paisanas, aunque sin poder olvidar á la niña de la dalhia azul, me embarqué para Inglaterra, y al cabo de dos años de viajar por el extranjero, acababa de regresar á Madrid, cuando á los pocos dias encontré á nuestra heroina en una noche fria de invierno, y del modo que acabo de contar.

Pasé la noche en hacer suposiciones sobre los motivos de aquella catástrofe. ¿Se habrian realizado los presentimientos de Enrique? Nunca he augurado bien de los casamientos en que no se consulta sino la pasion.—¿Acaso Lola que no amaria á su marido, casándose por especulacion, se habria dado despues á galanteos, y estarán separados? ¿Acaso trasladada de un estrecho pasar á una posicion desahogada habria querido darse aires de gran señora y se habrán arruinado? Me perdía en un mar de conjeturas, y esperaba con impaciencia la hora de tener la solucion de aquel enigma.

A la mañana siguiente, despues de almorzar, me dirigí á la calle de la Libertad: preguntando al portero por la habitacion de doña Dolores me indicó el sotabanco. Fijos son los toros, dije para mf, están arruinados.

Despues de subir noventa escalones, llamé á una puerta estrecha pintada de porcelana. Salióme á abrir la misma Lola: la habitacion era pequeña, su ajúar pobre, pero aseado y bien dispuesto, y en su traje oscuro y mas que modesto, se observaban todavia los hábitos de un buen gusto y el deseo de no asustar.

Sentéme en una silla que me ofreció, y le supliqué me diese noticias de su esposo. Gruesas lágrimas y amargos sollozos fueron su única respuesta.

Enrique habia muerto.

Ninguna de mis suposiciones se habia realizado. No era el amor quien habia llevado á Enrique á la tumba y á su esposa á la miseria: era el odio. Su relacion me iba á poner al corriente de la historia de aquel matrimonio, de cuyas páginas no conocia mas que la primera; el dia de la boda.

Hé aquí sus detalles:

Lola, hija de una familia bien acomodada, á quien las desgracias políticas habian traído á menos, habia recibido una esmerada educacion. Huérfana á los quince años, su aplicacion y buenos modales le habian proporcionado colocacion en casa de una de las modistas mas afamadas de la córte, donde ganaba penosamente el pan de cada dia.

Al ver una muchacha fresca y agraciada, huérfana y pobre, cualquiera se figura que está dispuesta á seguir ciegamente los impulsos de su corazon, y á dar oídos á los Lovelaces de veinte años, pollos del primer vuelo. Sin duda podrá ser esta la regla general, pero hay en ella sus escepciones.

No era Lola de aquellas modistas que concurren á los bailes de Capellanes en busca de aventuras amorosas. Dotada de un temperamento frio y de un carácter reservado, calculaba desde su mas temprana edad todas las probabilidades de la vida con el aplomo y serenidad de un viejo diplomático. Ella tenia la juventud, la belleza, y una buena salud, capitales que era preciso manejar con tino para adquirir los que le faltaban: es decir la fortuna y una buena posicion social.

Antiguamente los reyes se casaban con pastoras: ¿por qué, pues, un rico heredero no podia enamorarse de ella, cuya mano no estaba encallecida por el cayado, ni su rostro tostado por el sol? La hermosura cuando la acompaña la prudencia debe conducir necesariamente á la fortuna y á la dicha. Así pensaba Lola, que aunque tierna de corazon, era prudente por cálculo, y muy capaz de contener y dirigir sus pasiones. (Se continuará.)

AMADEO.

TEATROS.

La gran novedad teatral de la semana, ó mejor dirémos del año, ha sido la inauguracion del coliseo edificado espresamente para la *Zarzuela*, espectáculo á que tan decididamente aficionado se muestra el público. Durante cerca de un año, la realizacion del proyecto concebido por la afortunada empresa del antiguo Circo-Olímpico de la Plaza del Rey, ha estado siendo objeto de todas las conversaciones, y el dia de la primera funcion se ha deseado con ansia. Del buen gusto é inteligencia de las personas que componen la empresa se esperaba mucho, en verdad; creíase que la primera funcion seria bajo todos conceptos una solemnidad verdaderamente notabilísima. Por esto, llegado ese fausto dia, y algunos antes, las localidades se cotizaban á un precio fabuloso, no muy en armonia, ciertamente, con las circunstancias que atravesamos, pero que ha sido aceptado, porque asistir á la funcion inaugural era ya una verdadera necesidad, de que no se podia prescindir entre gentes de cierta clase.

Y llegó la noche del viernes 10, y el nuevo teatro se llenó de curiosos, entusiastas, murmuradores, y amigos de figurar, que despues de admirar á su sabor la lucerna, que es bellísima, y los palcos de platea, que tienen todas las condiciones de elegancia y comidad apetecibles, ademas de ser muy á propósito para establecer *la telegrafia*, tan en dominio siempre en el antiguo teatro del Circo, escucharon con benévola atencion una zarzuela en un acto, letra del señor Hurtado, y música del señor Arrieta, nominada *El Sonámbulo*, una lindísima sinfonía *pot-pourri*, del maestro Barbieri, en la que por exceso de estremada delicadeza en su autor, no se hallan motivos de obras como *Jugar con fuego*, *La Espada de Bernardo* y los *Diamantes*; y por último una alegoría titulada *La Zarzuela*, escrita con ligereza y chiste, cualidades que la hacen merecedora de aplauso.—La ejecucion de la zarzuela *El Sonámbulo* fué buena por parte de Salas y la nueva actriz, señorita Flores, que muestra grandes disposiciones, brillantes facultades y hermosa presencia.—En la alegoría se distingue la señorita Carolina Di'Franco.

La funcion, pues, no fué todo lo que se esperaba.—Confiamos que la empresa se esmerará en lo sucesivo en presentar novedades que sostengan sus adquiridos lauros, cosa que la conviene, porque este año nos parece que el público, mas exigente que en los anteriores, solo acude á *ver lo bueno*. En el

teatro de *Jovellcnos* se necesita mas que en otro alguno saber elegir funciones.

En el *Teatro Real* hemos vuelto á oír á Galvani en *Il Barbieri di Siviglia*, ópera con que ha debutado la señora Marchissio, que posee una excelente voz de muy agradable timbre y profundo conocimiento de la escena; cualidad no comun en los artistas italianos. En los intermedios de esta ópera ha presentado el señor Uries su compañía de baile, cuyo cuerpo femenino es agraciado. La Navarro es una sílfide elegante y vaporosa, y Mlle. Pieron, baila con coquetería y gracia *El Carnaval de Venecia*.

En la *Traviata*, puesta en escena antes de anoche, ha obtenido la señora Penco una ovacion completa. La nueva *prima donna* reúne, á su buena figura y maneras distinguidas, una voz agradable y grande inteligencia. Tambien ha gustado el barítono Rossi.

El régio coliseo se encuentra favorecido todas las noches por lo mas selecto de la gente de buen tono, y todos los verdaderamente *dilletanti*, que afirman, valiéndonos de la espresion de una dama entendida en la materia, ser *este el año del Teatro Real*.

En el *Circo* aplaudimos el sábado una comedia en tres actos, escrita en buena prosa por el señor Cisneros, y que tiene por título *El ramo de oliva*; la obra se recomienda por sus pocas pretensiones, por algunos chistes oportunos, y por tal ó cual escena de efecto; tiene, sin embargo, alguna que otra inverosimilitud y poca fijeza en los caracteres.—La ejecucion buena, y no podia menos de serlo, con cuadro tan completo como la Teodora, la Mercedes Buzon y la Joaquina García, y los señores Romea, Arjona, Tamayo y Fernandez.

En el *Príncipe* se ha resucitado á *Juan sin tierra*, conocido drama del señor Diaz. No es el género á que pertenece esta obra el mas del gusto del público; sin embargo, el interés de la accion y lo simpático del papel de Arturo, á cargo esta vez de la señorita Dardalla, hacen que se aplaudan algunas de sus escenas.—De la comedia en un acto *Por una hija*, estrenada anoche en este teatro, así como de la inauguracion de la compañía francesa, dirémos lo que nos parezca en el próximo número.—Por lo pronto podemos asegurar que, la empresa de este último tiene grandes esperanzas en la *troupe* contratada por el señor Couturier.

El de *Tirso de Molina* se inaugurará esta misma noche con una pieza escrita en muy pocas horas, por no permitir otra cosa la premura del tiempo, que se titula *El novio de China*, la zarzuela *Cupido y Marte*, y la comedia lírica de espectáculo *El Duende del meson*, en la que nos han di-

cho que la inolvidable doña Sabina (señora Bar-
dan) hace prodigios.—Ya veremos.—Vale.

ADAN.

Esplicacion del Figurin.

FIG. 1.^a *Pardessus*, llamado *Increible*, de muaré antique, guarnecido de galon y flequillo de seda, y forrado de tafetan de cuadrillos menudos. El cuerpo es alto y cerrado por delante con patas ó muletillas cruzadas y abotonadas: están dispuestas en un orden cambiado, como presenta la figura, y galoneadas con una cinta estrecha, puesta á caballo. Un flequillo adorna la aldeta por delante, desde la cintura y por todo el bajo, así como la abertura de las mangas. La falda ó aldeta de este sobretodo está cortada al biés por delante: este corte proporciona su amplitud, bien que todo el vuelo se lleva atrás, formando un pliegue en cada cadera, y otros tres en el talle: por delante tiene un bolsillo á cada lado, con cartera y guarnecido de flequillo. La manga, cortada al hilo, tiene 56 centímetros de larga, y de 60 á 70 en el bajo, con una abertura por delante de 35 centímetros. La pegadura de esta manga es alta sobre el hombro, para dejar lugar á que la del vestido pase holgadamente por la abertura.

Vestido de grós escocés, guarnecido de tiras de terciopelo negro. En la delantera de la falda hay dos de estas tiras, de 6 centímetros de ancho cada una, puestas orilla con orilla, que nacen del talle y bajan todo lo largo de la falda, teniendo 12 centímetros en el bajo: dos botoncitos de seda, colocados de tres en tres centímetros, guarnecen el centro y las orillas exteriores de este adorno. Otra tira de 12 centímetros guarnece el bajo de la falda, y como 12 centímetros mas arriba hay otra que tiene 10: otra tira correspondiente adorna el bajo de la manga.

Sombrero de raso blanco guarnecido de blondas y plumas, y con flores debajo del ala, á los lados: las cintas tambien son blancas.

Cuello de muselina bordada, guarnecido de encaje. *Manga* correspondiente, de huecos, que cierra en el puño.

FIG. 2.^a *Vestido* de seda color de aroma. El cuerpo alto y cerrado, forma punta por delante:

la aldeta nace de los costados, á dos ó tres centímetros por cada lado de la punta que forma el cuerpo. Un biés de grós azul, puesto liso, guarnece toda la aldeta y sube por delante en forma de berta ó de tirantes, siguiendo la costura de la hombrera, y bajando despues por detrás hasta el talle del mismo modo. La aldeta es lisa por delante: por detrás lleva tres pliegues gruesos y uno á cada lado en la cadera, dándole los cinco la forma de abanico. La delantera del cuerpo se guarnece de bellotitas de seda, de las que se colocan algunas al aire, desde la punta que forma el cuerpo en cada lado hasta el encuentro de la aldeta. La manga se compone en su alto de follados de grós azul, á los que se sobreponen unos volantes pequeños de la tela del vestido, que los separan, y se termina por otros dos mayores, de esta tela, uno sobre otro guarnecidos de una cinta de seda azul.

FIG. 3.^a *Traje de niño* de seis á siete años. *Chaqueta* de terciopelo morado, redonda de abajo. *Chaleco* cerrado de poplin gris. *Cinturon* de muaré antique, muy plegado, de manera que si la tira ó cinta que lo forma tiene sesenta ú ochenta centímetros, quede reducido á un ancho de seis á ocho.—Este cinturon lleva hebilla de plata. *Falda* ó saya de poplin gris, de mucho vuelo, repartido en pliegues muy apretados. *Pantalon* muy corto. *Botin* alto de terciopelo morado. Esta prenda es una especie de polaina, muy ajustada á la pierna, pero que no pasa de la rodilla, ni baja del tobillo. *Manga* blanca de chaconá, con puño. *Cuello* de lo mismo, pequeño y doblado, con una cinta azul por corbata, que forma lazo.

VARIEDADES.

Solon habia perdido á su hijo y le lloraba: sus amigos para consolarle le decian, que ningun bien podrian hacerle ya sus lágrimas.—Por lo mismo le lloro, les contestó.

El ángel del Señor para consolar á Adam por la muerte de Abel le profetizaba que la posteridad de Set seria numerosa y Dios le daria nuevos hijos en ella.—¿Se amarán unos á otros? preguntó Adam.—No, dijo el ángel, antes bien se harán la guerra.—Pues entonces, dijo Adam, no me dará el Señor mas que Caines: déjame llorar á Abel.